



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Héroes republicanos y tiranos populares

Autor: Brading, David A.

Forma sugerida de citar: Brading, D. A. (1988). Héroes republicanos y tiranos populares. *Cuadernos Americanos*, 5(11), 9-28.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 11, (septiembre-octubre de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

HEROES REPUBLICANOS Y TIRANOS POPULARES

Por David A. BRADING
UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE

EN SUS conferencias sobre *Los héroes, el culto a los héroes y lo heroico en la historia* (1840), Thomas Carlyle afirmaba:

la Historia Universal, el relato de lo que el hombre ha hecho en este mundo es, en el fondo, la Historia de los Grandes Hombres que aquí trabajaron. Estos Grandes Hombres fueron jefes de hombres; los forjadores, modeladores y, en un sentido amplio, los creadores de todo cuanto las masas lograron o alcanzaron.

La tarea del héroe en política fue actuar como "misionero del Orden" y, en particular, dominar y dirigir el desorden y el tumulto de la Revolución. Fue Cromwell, "el profeta silencioso", un hombre sin ambición, enraizado fuertemente en el "gran Imperio del Silencio", quien mejor ejemplificó la cualidad de "jefe de hombres". En contraste, Napoleón traicionó su misión y acabó como un mero charlatán, así como su estado resultó una mascarada de retórica y disfraces. Si Cromwell expresó la verdadera esencia de la Revolución Puritana, Napoleón convirtió el apocalipsis de la Revolución Francesa en una charada triunfal.¹

En estos explosivos pronunciamientos de Carlyle encontramos la apoteosis de la teoría romántica de la Historia y el Genio, doctrina que Tolstoi atacó con incomparable vigor en *La guerra y la paz*, aunque es de notar que el culto a los grandes hombres precedió a la era romántica y se constituyó como parte integral de la tradición humanista. De Maquiavelo y Bruno a Montesquieu y Rousseau, el republicanismo clásico insistió en el deber de todos los ciudadanos de servir a la patria; en efecto, era sólo

¹ Thomas Carlyle, *Complete Works*, Londres, 1888, vol. IV, pp. 167, 178-183 y 190-197. [Hay múltiples versiones en español de estas conferencias; una de las primeras es *Los héroes, el culto a los héroes, lo heroico en la historia*, Barcelona, 1907].

mediante la participación en la vida pública que el hombre encontraba el foro apropiado para el ejercicio de la virtud. En el Senado, en el campo de batalla y en su estudio, el estadista buscaba obtener reputación y gloria a través del servicio a la patria, listo a sacrificar la vida por su causa. Fue durante el movimiento neoclásico de finales del siglo XVIII que este concepto del héroe republicano alcanzó su apogeo; pinturas de David tales como *El juramento de los Horacios* ofrecen imágenes ejemplares.² He aquí un estilo y un culto que los jacobinos hicieron propio; su simplicidad dórica y sus virtudes estoicas dieron forma histórica y base moral a su religión republicana. Pero más aún, en esta tradición se encontraba latente el concepto del Legislador, padre fundador del Estado, figura ambigua que reunía las cualidades del príncipe y del profeta. Maquiavelo y Rousseau dedicaron brillantes páginas al papel desempeñado por Moisés, Solón y Licurgo, quienes promulgaron leyes perdurables para sus pueblos. El hecho de que ambos ideólogos deploraran los intereses extramundanos del cristianismo considerándolos perjudiciales al compromiso del ciudadano con su patria, indicaba el carácter secular de la tradición republicana.³

En la América Hispana fue un humanista educado en Italia, Francisco López de Gómara, quien primero proclamó en abierto triunfo las grandes hazañas de los conquistadores.

Nunca jamás rey ni gente anduvo y sujetó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merecido lo que ella, así en armas y navegación como en la predicación del santo Evangelio y conversión de idólatras; por lo cual son españoles dignísimos de alabanza en todas las partes del mundo.

Esta apología no constituye el marco general de su narración de las victorias y logros de Hernán Cortés, el más grande de los conquistadores, cuyos discursos, conforme a como fueron presentados por Gómara, resultaron una admirable vía para justificar la Conquista. El hecho de que el cronista haya tenido que atreverse a alabar la decisión de su héroe de distribuir a los nati-

² Sobre esta tradición véase J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Tradition*, Princeton, 1975, pp. 48-82, 165-219 y 462-605; Hugh Honour, *Neo-classicism*, Londres, 1968, pp. 34-36; Robert L. Herbert, *David, Voltaire, Brutus and the French Revolution*, Londres, 1972, pp. 70-71 y 109.

³ Niccolò Machiavelli, *The Prince*, Londres, Penguin Books, 1961, pp. 52, 128, 135-136; Jean Jacques Rousseau, *The Social Contract*. Londres, Everyman edition, pp. 35-38: "El gran espíritu del Legislador es el único milagro que puede probar su misión"; véase Judith N. Shklar, *Men and Citizens*, Cambridge, 1969, pp. 154-165, 212.

vos de México en encomiendas en beneficio de los conquistadores evoca el descontento oficial; sin embargo, fue una medida que confirmó a Cortés como legislador y fundador de un país, así como guerrero victorioso.⁴ Por ende, desde un principio existió una tradición humanista que magnificó la conquista de América y no dudó en comparar a Cortés y Pizarro con César y Alejandro.

Sin embargo, este triunfalismo fue pronto rebatido por los apóstoles mendicantes de los indios, dedicados más a salvar almas que a glorificar guerreros. Por supuesto que Bartolomé de las Casas condenó apasionadamente a los conquistadores por sus crímenes y robos definiéndolos como tiranos y usurpadores, simples *condottieri* responsables de la muerte y el sufrimiento de miles de nativos. Después de todo, "qué otra cosa es la guerra sino un homicidio y un latrocinio común entre muchos". Citando un famoso pasaje de la obra de San Agustín, *La Ciudad de Dios*, decía: "Que veamos, son los reinos grandes sin justicia, si no grandes latrocinios, según San Agustín, que quiere decir moradas de ladrones". Se hacía eco de la crítica del doctor africano al Imperio Romano fundado en la violencia y la guerra y afirmaba que, más que ser recompensados con títulos de nobleza, Cortés y Pizarro debían haber sido ahorcados como asesinos.⁵ En suma, Las Casas se basaba en la doctrina agustiniana de las Dos Ciudades trabadas en un combate espiritual sin fin, y definía la Conquista como obra del diablo. Más aún, la influencia del gran dominico penetró significativamente en las crónicas de fines del siglo XVI y sirvió para poner en duda no sólo la justicia de la Conquista sino inclusive la legitimidad del gobierno imperial. Los descendientes criollos de los conquistadores, especialmente aquellos que ingresaron a las órdenes religiosas, llegaron a ver a sus ancestros con un grado de extrañeza difícil de encontrar en otras sociedades de colonos. La crítica cristiana del *ethos* guerrero y su desdén por la lucha en pos de la gloria terrenal encontró así expresión en una violenta denuncia de los conquistadores como brutales tiranos.

En la época de la Independencia, con una precoz vitalidad, entró a la América española el republicanismo clásico y su culto por los héroes en la persona y trayectoria de Simón Bolívar. Gra-

⁴ Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 7, 314.

⁵ Bartolomé de las Casas, *Obras Escogidas*, Madrid, BAE, 1957, vol. V, pp. 43-55; véase también D. A. Brading, *Prophecy and Myth in Mexican History*, Cambridge Center of Latin American Studies, 1984, pp. 15-27. [Hay versión en español: *Mito y profecía en la Historia de México*, México, Vuelta, 1988].

cias a sus años de formación en Madrid y París, el Libertador se embebió de estas doctrinas en sus fuentes mismas, y siempre parece haber considerado sus propios actos desde esta perspectiva. La famosa escena que protagoniza con su tutor en el Monte Sacro de Roma, donde el joven Bolívar juró liberar a su patria de la tiranía española, obviamente tuvo como modelo alguna pintura neoclásica. El hecho de que esto fuera precedido por una peregrinación a la ciudad natal de Rousseau y por el estudio de las obras de Maquiavelo en Florencia sirve para demostrar el carácter ideológico de ese momento histórico.⁶ En efecto, Bolívar aspiraba a ser un Príncipe, un Profeta, un Legislador, que se asegurara fama inmortal. En los últimos años de su carrera —1826— rechazó de manera vehementemente la sugerencia que le hizo el caudillo venezolano José Antonio Páez de coronarse como emperador, protestando: "Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide". Cuando Páez desafió su autoridad, se sustrajo de la guerra civil y la represión escribiendo que no deseaba abandonar

el carácter noble de hombre libre y el sublime título de Libertador. Para salvar la patria he debido ser un Bruto, y para contenerla en una guerra civil, debiera ser un Sila. Este carácter no me conviene. . . . Mí nombre pertenece ya a la historia. . . . No cedo en amor a la gloria de mi patria a Camilo; no soy menos amante a la libertad que Washington, y nadie me podría quitar la honra de haber humillado al León de Castilla desde el Orinoco al Potosí.⁷

La magnitud de la ambición de Bolívar puede observarse más claramente en los años que siguieron a la derrota de los realistas en Junín y Ayacucho, cuando creó el país que aún lleva su nombre, impuso a su fiel teniente, José Antonio Sucre, como presidente vitalicio y, actuando como legislador único, promulgó una constitución notablemente compleja. También aspiraba a convertirse en protector de una Federación Andina, cuya sede y poder estuvieran basados en "una invención moderna y hábil", el ejército de ocupación. Previamente a esta ráfaga geopolítica, había subido al monte Chimborazo, donde, al probado estilo mosaico, reflexionó profundamente sobre el destino del mundo que llegaba a la vida independiente. ¿Acaso no escribió a un corresponsal inglés: "No se sabe en Europa lo que me cuesta mantener el equi-

⁶ Para esta interpretación véase también D. A. Brading, *op. cit.*, pp. 44-52.

⁷ Simón Bolívar, *Obras completas*, Caracas, Editorial de Vicente Lecuna, 1964, vol. II, pp. 324, 214; III, p. 255.

librio en algunas de estas regiones. ¿Logrará un hombre solo constituir a la mitad de un mundo?''? Para que todo esto no parezca caprichoso, debemos leer la defensa de Bolívar escrita por su tutor, Simón Rodríguez, donde encontraremos la aseveración de que los profetas políticos, es decir, "los filósofos que calculan para predecir acontecimientos que están en el orden de las cosas", dominarían el futuro.⁸

Pero todos los proyectos políticos de Bolívar fracasaron. Desde el comienzo, sus éxitos se basaron en una compleja combinación de mercenarios británicos, *llanceros** venezolanos e infantería colombiana. Hubo de depender de los caudillos venezolanos y de los abogados de Nueva Granada para obtener los soldados y los recursos necesarios que le permitieran liberar Perú. Como último recurso, la república de Colombia, tal como la concibió Bolívar, fue una construcción artificial diseñada originalmente por el Libertador para procurarse una base política. El carácter personal de ese Estado se expresa en la declaración venezolana de 1830 por la que deseaba: "separarse del gobierno de Bogotá y no depender más de la autoridad de S. E. el Libertador, general Simón Bolívar."⁹ Para ese entonces los Estados de la proyectada Federación Andina habían combatido sin respetar fronteras y, en el caso de Venezuela, sucumbido a la autoridad de los caudillos que dirigieron la lucha por la Independencia. En 1829, Bolívar dio un panorama de la América Española con base en el cual arguyó que, así como la caída del Imperio Romano precedió el inicio de la Edad Oscura, la destrucción del Imperio Español condujo a la pulverización de la autoridad política, proceso en el que las Repúblicas se disolvieron en pequeños feudos y en tiranías locales. En los inicios de su carrera había citado el famoso *dictum* de Montesquieu según el cual *une nation libre peut avoir un libérateur; une nation subjuguée ne peut avoir qu'un autre oppresseur*.¹⁰ En realidad él conjeturó que la América Española sólo podría ser dirigida por un "despotismo hábil"; lo que obviamente no anticipó fue la rapidez en la que caería en la anarquía.¹⁰ ¿Cuál era el sentido de planear constituciones elaboradas si el po-

* Simón Bolívar, *Obras*, vol. II, pp. 364, 365, 464, 88-89; 294, 729-730; vol. I, 628; Simón Rodríguez, *Obras*, Caracas, 1975, vol. II, p. 310.

* [En español en el original].

⁹ José Antonio Páez, *Autobiografía*, Nueva York, 1969-1970, vol. II, p. 34.

¹⁰ Simón Bolívar, *Obras*, vol. II, p. 431; vol. III, pp. 841-847; Montesquieu. *De l'esprit des Loix*, París, Garnier, Vol. XXX, xxvii, p. 337 y Simón Bolívar, *Obras*, vol. I, p. 168.

der lo ejercían los caciques militares, y especialmente cuando estos hombres contaban con el apoyo popular?

En 1845 Domingo Faustino Sarmiento publicó *Civilización y barbarie, Vida de Facundo Quiroga* para explicar y reprobar el gobierno de los caudillos, emulando el estudio que Alexis de Tocqueville había hecho con tanto éxito sobre los Estados Unidos. En una polémica tan virulenta como la conducida por Las Casas, Sarmiento vituperó a los gobernadores de la Federación Argentina por su confianza en el terror y la brutalidad como el más importante instrumento de poder. Perfilando la carrera de Facundo pensó en ofrecer una imagen ejemplar del carácter y la cultura de los caudillos, definiendo a toda una clase con el retrato de su miembro más depravado. En efecto, la autoridad de Juan Manuel de Rosas —gobernador de Buenos Aires durante veinte años— descansaba sobre las mismas bases y tenía las mismas características que la de Quiroga.¹¹ El hecho de que la élite revolucionaria de 1810 no hubiera logrado crear un Estado dotado de un ejército y de recursos suficientes para contener a los caudillos había conducido a la Argentina a una época de regresión cultural que recordaba más a la Edad Media que al siglo XIX y había privado al país de un gobierno legítimo.

Sarmiento superó a Las Casas en su intento de explicar las causas sociales de la tiranía. Argumentaba que era el carácter de la chusma rural el que explicaba la confianza en la autoridad personal y el terror. Particularmente la Pampa argentina (que comparaba con los desiertos y planicies del Asia central, el Medio Oriente y África del norte) tenía que sufrir a la raza nómada de los gauchos, hombres similares a los beduinos y tártaros del Viejo Mundo, que vivían aún en una etapa social feudal y que, enrolados en las fuerzas fronterizas de la Federación, seguían sus órdenes ciegamente, peleando y matando a su antojo, verdaderamente complacidos en atacar y saquear las ciudades o en beneficiarse con el pillaje a que daba lugar la guerra civil. Aunque Sarmiento admitía que Rosas era un *estanciero** que castigaba severamente a los cuatrerros, insistía sin embargo en que la estricta disciplina que ejercía sobre las tropas gauchas provenía de las exigencias del am-

¹¹ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Nueva York, 1961, pp. 176-178, 213-220; [La obra se publicó originalmente como *Civilización i barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. I aspecto físico, costumbres i hábitos de la República Argentina*, en 1845]; véase Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, 1972.

* [En español en el original].

biente de la Pampa y era de carácter bárbaro.¹² Fue precisamente la movilización de los gauchos lo que permitió a los caudillos llegar al poder a través de la Federación, proceso que subordinó la civilización urbana a la barbarie del desierto.

No es éste el sitio para examinar la precisión del análisis sarmientino. El hecho de que tanto Euclides da Cunha en el nordeste brasileño como José Vasconcelos durante la Revolución Mexicana hayan invocado una dicotomía similar entre la violencia rural y el progreso urbano demuestra su perenne atractivo.¹³ La distancia que separaba a Pancho Villa de Facundo Quiroga no era muy grande. Naturalmente Juan Bautista Alberdi pronto señaló que faltó a Sarmiento apuntar que Rosas era el instrumento político de la élite terrateniente y capitalista de Buenos Aires que residía en la ciudad e invertía su dinero en estancias que exportaban cueros y cecina. Más que jinetes nómadas, los gauchos eran mano de obra contratada por los estancieros para marcar ganado. Alberdi insistía en que "no es el terror medio de gobierno, como dice Sarmiento. Lo es el dinero, la riqueza". En síntesis, la autoridad retrógrada que ejercían Rosas y otros caudillos servía a los intereses de Buenos Aires y a los propietarios porteños.¹⁴ Tal vez la característica más impresionante de *Facundo* es que el demonio lleva la mejor parte, es decir, que toda la vida y el color del libro provienen de la fascinación del autor por los gauchos y Quiroga. En contraste, los principios abstractos y las levitas de los Unitarios palidecen hasta la insignificancia. Del mismo modo, y a pesar de los elogios de Sarmiento, el veterano general José María Paz, quien conducía una fuerza regular de soldados uniformados y armados al estilo profesional, no logra crear ningún interés. No extraña mucho que Alberdi describiera el libro como un manual para caudillos.

Fue el general Bartolomé Mitre, mentor político de Sarmiento, quien intentó proporcionar a la Argentina héroes republicanos con sus biografías de Manuel Belgrano y José de San Martín. El primero de estos trabajos era más obviamente un intento de justificación del proyecto de la élite revolucionaria de Buenos Aires de 1810 y tomó la forma de historia general del movimiento de independencia. Pero la *Vida de San Martín*, publicada en 1885 —cuando en Argentina se gozaba de estabilidad política y de un crecimiento económico acelerado— fue un manifiesto ejercicio de

¹² Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, pp. 32-39, 223.

¹³ José Vasconcelos, *Obras completas*, México, 1957, vol. I, pp. 569, 886.

¹⁴ Juan Bautista Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, 1962, pp. 310-315.

canonización patriótica diseñado para dotar a la República de un héroe inmaculado, cuya virtud esencial fuera su servicio desinteresado a la causa de la Independencia. Más bien como Cromwell, San Martín habitaba el "imperio del silencio" y aborrecía la retórica y la ceremonia de los políticos insurgentes. Como soldado profesional evitaba la intriga y despreciaba la vanidad de otros libertadores. En todo ello Mitre buscaba deliberadamente presentar a su héroe como una "estatua viva de las fuerzas equilibradas". En el contraste que establece entre San Martín y Bolívar —el primero absolutamente realista en cuanto a las limitaciones del proyecto político y el segundo un visionario obseso por su propia gloria—, hay un eco de la preferencia de Carlyle por Cromwell sobre Napoleón. A pesar de intentar ser imparcial, la célebre descripción que Mitre hace del encuentro de los libertadores en Guayaquil fue cuidadosamente diseñada para favorecer al desinteresado y silencioso héroe argentino cuyos logros, así lo sostenía, resistieron la prueba del tiempo mucho mejor que los proyectos de Bolívar.¹⁵

En retrospectiva, lo más notable del trabajo de Mitre es la ausencia de cualquier análisis de la sociedad o de las fuerzas sociales movilizadas para lograr la independencia. En realidad la principal causa del movimiento fue definida como "la revolución moral" iniciada por la Declaración de los Derechos Humanos de la Revolución Norteamericana, de la que emanaron los subsecuentes levantamientos en Francia e Hispanoamérica. En verdad Mitre apela a una serie de metáforas y alusiones semicientíficas y hace constantes referencias a leyes no especificadas de la evolución política que grandes hombres de acción como San Martín comprendían instintivamente, expresaban en su carrera y, en el mejor de los casos, iniciaban y dirigían.¹⁶ Nada de esto impresionaba a Alberdi, quien argüía que el movimiento independentista derivaba de los intereses de Europa y los Estados Unidos y que era por tanto casi inevitable. ¿Hasta qué punto se podía dar sólo el culto a los héroes individuales, cuando el proceso hemisférico estaba tan generalizado que se disponía de cualquier número de otros líderes para promover la lucha contra España?¹⁷ Por lo demás, es ciertamente significativo que el repudio a Rosas y los caudillos debió haber inducido tanto a Sarmiento como a Mitre a promover sol-

¹⁵ Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, 1950, vol. I, pp. 55-56; vol. II, pp. 627, 887-897, 987-998.

¹⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 1-2, 32-34, 55-56.

¹⁷ Juan B. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres*, pp. 63-66.

dados de carrera tales como Paz y San Martín al rango de héroes republicanos.

No había nada peculiarmente argentino en esta fascinación por los líderes militares. Fue el historiador peruano Felipe Paz Soldán quien dijo: "San Martín no fue, pues, un hombre ni un político, ni un conquistador; fue una misión alta, incontrastable, terrible a veces, sublime otras". En un trabajo recientemente publicado, el historiador colombiano Germán Colmenares asienta que el tema central de la historiografía sudamericana del siglo XIX fue la épica patriótica de la lucha por la Independencia. Era un tema que demandaba más la narración de batallas y campañas militares que el análisis de las fuerzas sociales y económicas. En el contexto de las repúblicas recién fundadas sólo era de esperar que los historiadores se concentrarían en las hazañas de los grandes hombres que presidieron la fundación de sus respectivas patrias, quienes generalmente eran presentados como héroes neoclásicos, que actuaban como agentes o ejecutores de la Providencia y del "orden natural de las cosas".¹⁸ Desde esta perspectiva los trescientos años de dominio español parecían sólo un telón de fondo, una época prehistórica en la que dormitaba la población colonial, despojada de libertad de palabra, de vitalidad social y de progreso económico. Una vez más la similitud entre los cronistas del siglo XVI y el XIX se vuelve evidente: en ambos casos todo el interés se centra en las características épicas de los conquistadores y libertadores. En contraste, las imágenes del pasado indígena y colonial son generalmente estáticas y negativas.

No todos los países hispanoamericanos eligieron honrar a sus generales. En México, desde un principio, se prefirió a los líderes clericales de la Insurgencia de 1810, Miguel Hidalgo y José María Morelos sobre el libertador español Agustín de Iturbide, y ellos fueron los enaltecidos por los primeros historiadores del movimiento de Independencia. Que ambos fueran clérigos rurales y dirigieran ejércitos campesinos que marchaban bajo el estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe indica de manera fehaciente las grandes diferencias entre México y Sudamérica. Además, los ideólogos del movimiento, Fray Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante, rechazaban los ideales abstractos de la Ilustración y apelaban a la historia invocando la grandeza del México antiguo como la gloriosa fundación de su patria criolla, énfasis que los condujo a incluir a Moctezuma y Cuauhtémoc, junto con Hidalgo y Morelos, en un panteón común de víctimas patrióticas

¹⁸ Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*. Bogotá, 1987, pp. 138-163.

de la tiranía española. La Constitución de 1813 promulgada en Apatzingán señalaba que los convictos por herejía debían ser privados de su ciudadanía y también en ella Nuestra Señora de Guadalupe era proclamada como la Protectora de la nueva República. En suma, la Insurgencia Mexicana se justificaba recurriendo al patriotismo criollo, ideología bastante alejada de las doctrinas del republicanismo clásico.¹⁹

El carácter popular y la idiosincrasia ideológica de la insurgencia mexicana provocaron comentarios desfavorables tanto interna como internacionalmente. En fecha tan temprana como 1812 Manuel Moreno decía:

Esta insurrección tiene un carácter particular que la distingue de las demás de la América Española, a saber, que es obra exclusiva del descontento del bajo pueblo... Las revoluciones de Caracas, Buenos Aires, Santa Fe y Chile nos muestran una solidez de ideas, una condensación de los planes y una elevación de sentimientos que contrasta con la fluctuación, ineptia y pequeñez de los insurgentes de México.²⁰

Así también la primera generación de ideólogos liberales mexicanos tenía poco bueno que decir con respecto al movimiento de 1810. José María Luis Mora lo veía como un mal necesario, aunque "pernicioso y destructivo", que debía considerarse más como la agonía de la colonia que como el nacimiento de algo nuevo o progresista. Del mismo modo, Lorenzo Zavala ridiculizaba a Hidalgo por actuar sin un plan u objeto fijo. ¿Qué bien podría derivarse de un movimiento que marchaba al grito de "¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!", "¡Mueran los gachupines!"? Ambos criticaban agudamente los escritos de Carlos María de Bustamante, quien, hasta su muerte, ocurrida en 1848, continuaba alabando en igual medida a los insurgentes y al Anáhuac, sólo deteniéndose para atacar a los radicales por su asalto a la Iglesia. Por su parte, los radicales encontraron bloqueado el camino de la Reforma por la maligna alianza de la Iglesia y el Ejército.²¹ De cualquier forma, la proclamación de Iturbide como emperador puso en tela de juicio las credenciales republicanas de un ejército creado por la Corona Española para liquidar la insurgencia.

¹⁹ D. A. Brading, *The Origins of Mexican Nationalism*, Cambridge Center of Latin American Studies, 1985, pp. 48-55. [Hay versión en español: *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Sep/Setentas, 1973].

²⁰ Manuel Moreno, *Vida y memorias de Mariano Moreno*, Buenos Aires, 1918, p. 126.

²¹ D. A. Brading, *Origins of Nationalism*, p. 74.

No es sino hasta la Reforma de 1850 que los liberales mexicanos parecen haber asimilado las doctrinas del republicanism clásico y haberse inspirado en los ideales y el ejemplo de la Revolución Francesa. Tanto Ignacio Ramírez como Ignacio Manuel Altamirano pagaron su tributo a Francia, la "nodriza" de todos los políticos mexicanos en la esfera de las ideas, particularmente influidos por Jules Michelet, Edgar Quinet y Víctor Hugo, intelectuales que transmutaron el entusiasmo republicano de la Revolución en una especie de nacionalismo jacobino. Frecuentemente Michelet y Quinet aplicaban un vocabulario religioso a los héroes y eventos nacionales buscando crear una religión cívica, dotada con su propio panteón de santos, calendario de fiestas y edificios públicos decorados con una estatuaría apropiada. Pero en este caso el nacionalismo estaba revestido de un estilo neoclásico más que de la antigua usanza y *la patrie* se definía no por apelación a la historia sino más bien invocando los ideales radicales de la Revolución y la República.²² El grado en que los radicales mexicanos adoptaron esta retórica puede notarse claramente en los primeros discursos de Altamirano, en los que se presentaba a sí mismo como "humilde apóstol del culto a la patria" y saludaba a Juárez como "el gran sacerdote de la República... nuestro inmortal presidente... el segundo padre de la Independencia mexicana". En subsecuentes discursos leídos ante escolares, Altamirano los exhortaba a "Amar la Patria y consagrarse a la Ciencia", rescatando los ideales de la Revolución Francesa como meta e inspiración permanente para México. En un aparte personal, aceptaba que él mismo había perseguido siempre la gloria buscando servir a la patria en la política y en la literatura.²³

Aunque los radicales definían su Patria en términos revolucionarios, aceptaban ahora la insurgencia como su fundación histórica. En efecto, Ramírez decía que el pueblo mexicano no podría regresar a la época de los aztecas y, menos aún, considerarse como español; en lugar de ello, sostenía que "nosotros venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo". De cualquier forma, no era en su carácter de cura de parroquia que se veneraba a Hidalgo, sino como un propulsor de la ciencia y el progreso que fomentó la industria artesanal local. Si no había logrado construir un marco constitucional ni elaborar una doctrina política fue porque estaba

²² Raoul Girardet, en *Le Nationalism Français*, París, 1966, pp. 12-14, define esta ideología como la unión de "*le chauvinisme cocardier et le messianisme humanitaire*".

²³ Ignacio Manuel Altamirano, *Discursos*, París, 1892, pp. 59, 94, 109, 136, 368-374, 388-390.

inspirado y motivado por la simple imagen de su pueblo liberado de la explotación colonial. En realidad, Ramírez interpretó que el *Grito de Dolores* había dotado al pueblo mexicano de un derecho de nacimiento radical, un principio perdurable de insurrección contra la tiranía y la opresión extranjera.²⁴ El significado del ejemplo de Hidalgo se hizo más evidente cuando México debió confrontarse con la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. En una historia posterior del período postindependentista, Altamirano enfatizaba el carácter popular de la insurgencia, sólo para confesar que las clases privilegiadas habían derrotado a la rebelión, y habían gobernado efectivamente México hasta la Reforma. Sólo se destruyó la jerarquía del privilegio cuando el partido Liberal, "el partido del pueblo", logró restar poder a la Iglesia y al Ejército.²⁵

El republicanismo radical representado por Ramírez y Altamirano no pudo conciliarse fácilmente con la autocracia presidencialista introducida paulatinamente por Benito Juárez durante la República Restaurada. Ninguno de ellos aceptó su permanencia en el gobierno en 1864 y posteriormente desplegaron una campaña de prensa contra su reelección en 1868 y 1872. En realidad, Ramírez lo acusaba de que los fondos públicos se gastaban "en ganar votaciones, en comprar las urnas electorales, en imponer gobernadores a los Estados". Como resultado, declaraba "Yo he dicho que no existe en la República Mexicana un gobierno legítimo", dado que Juárez había usado su autoridad sobre el Congreso para obtener la suspensión de la Constitución, gobernando como dictador en virtud de sus "facultades extraordinarias".²⁶ De manera similar, aunque Altamirano no tuvo empacho en reconocer la grandeza de Juárez al ofrecer una resistencia indomable a los franceses, nunca perdonó la "ambición de poder" del presidente que empujó al país a una nueva ronda de rebeliones y guerra civil. En particular, condenaba la persecución implacable de enemigos emprendida por Juárez y su renuencia a perdonar a sus rivales políticos. El desencanto sufrido respecto de su antiguo jefe empujó a Ramírez y Altamirano al terreno de Porfirio Díaz: no queda claro si fue su culto republicano a los héroes el que los predispuso a identificarse más con un general popular que con un impasible abogado.²⁷

El patriotismo liberal era la versión mexicana del republicanis-

²⁴ Ignacio Ramírez, *Obras*, México, 1889, vol. I, pp. 136, 180-183, 317.

²⁵ Ignacio Manuel Altamirano, "Revista histórica y política", en Manuel Caballero, *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la república mexicana*, Nueva York, 1883-1884, p. 5.

²⁶ Ignacio Ramírez, *Obras*, vol. I, p. 372. 411; vol. II, pp. 286-288, 355, 368, 392, 402, 495, 504.

²⁷ Ignacio Manuel Altamirano, "Revista histórica", pp. 60-63.

mo clásico y legó una retórica destinada a convertirse en la principal materia discursiva en cualquier momento que se reuniese la "familia liberal" para celebrar, en ceremonia cívica, sus héroes y sus victorias. También sirvió para educar a generaciones de escolares. Y se materializó en el Paseo de la Reforma, una larga avenida en la que se alinean los bustos de liberales notables y cuyo paso se ve periódicamente interrumpido por grandes monumentos levantados en honor de Cuauhtémoc, Colón y, sobre todo, de los líderes de la insurgencia. El hecho de que Porfirio Díaz se hubiera revelado contra Juárez no manchó sus credenciales de general liberal y de héroe patriótico en la lucha contra los franceses. Su régimen se justificó como herencia de la Reforma. Recayó en Justo Sierra, el discípulo de Altamirano, la tarea de oficiar como sumo sacerdote del culto a la patria durante este período. Él fue quien escribió el clásico texto de la *Historia Patria* y editó, en 1902, los tres abultados volúmenes de *México: su evolución social*, celebración del progreso material alcanzado durante el Porfiriato. En su Introducción, al tratar sobre la evolución política del pueblo mexicano, Sierra definía la Reforma como el trabajo colectivo de una élite intelectual progresista que buscaba dotar al país de una Constitución imbuida de los principios de la Revolución Francesa. En otra parte afirmaba que "La Reforma fue obra de pensamiento antes que todo; la consumaron los soldados nacionales y las milicias cívicas; pero la hicieron los hombres de plana, de cátedra y de tribuna". Así, a pesar de que se presentaba a Juárez como un líder investido de una voluntad de granito y una perseverancia invencible, no era sino un instrumento del gran movimiento de Reforma cuyo destino era liberar a México de los privilegios, riqueza e influencia de la Iglesia Católica. La batalla principal tenía como protagonistas a quienes abogaban por una sociedad secular y progresista y a los defensores de la autoridad clerical y de la superstición. En realidad, Sierra citaba a Juárez como si éste hubiera dicho que tenía la esperanza de que los indios mexicanos se pudieran convertir al Protestantismo para que aprendieran a leer la Biblia y a ahorrar su dinero en vez de gastarlo en velas para los santos. Todo esto conducía a la alentadora conclusión de que "la libertad había triunfado; la gran revolución reformista se había confundido con una guerra de independencia, y Patria, República y Reforma eran una cosa sola desde entonces". En una extraordinaria coda, Sierra definía la presidencia vitalicia de Porfirio Díaz como una forma de "dictadura social, de cesarismo espontáneo", justificado por su estabilidad política y progreso material, período en el que México había ingresado a la etapa industrial de su historia nacional. Pero

en cualquier lectura la imagen de Juárez como líder de la Reforma y como la viva personificación de la resistencia nacional contra los franceses era presentada en términos mucho más fuertes que la valoración de Díaz, notoriamente fría.²⁸

En 1906 México celebraba el centenario del natalicio de Juárez, ocasión precedida por un *crescendo* de adulación y polémicas. Sólo se podía esperar que la prensa católica habría de comportarse fríamente, dado que la Reforma había alejado efectivamente de los límites oficiales de la República liberal a los católicos comprometidos. Lo que provocó controversias fue el tajante ataque a la trayectoria política de Juárez hecho por Francisco Bulnes, uno de los más destacados miembros de la *camarilla** científica, que tenía cada vez mayor ascendiente sobre los círculos gubernamentales. Ya en un discurso pronunciado en 1903 en el que apoyaba la candidatura, por séptima ocasión, de Porfirio Díaz como Presidente, Bulnes había ganado notoriedad con una aguda apología de los logros del caudillo, haciendo notar que Díaz había gobernado con "el mínimo de terror y el máximo de benevolencia", aplicando las reglas políticas practicadas por el Emperador Augusto y "observadas y enunciadas por Maquiavelo". Más aún, advertía que el país estaba lleno de inquietud por la cuestión de la sucesión presidencial y concluía:

¿Qué es lo que ve el país que se le ofrece para después del general Díaz? Hombres y nada más que hombres. Para después del general Díaz, el país ya no quiere hombres. La Nación quiere partidos políticos; quiere instituciones; quiere leyes efectivas; quiere lucha de ideas, de intereses y de pasiones.²⁹

Preocupado por que el general Bernardo Reyes, el muy eficiente gobernador de Nuevo León, pudiera suceder a Díaz, Bulnes publicó un trabajo titulado *Las grandes mentiras de nuestra historia* (1904), en el que ridiculizaba violentamente los actos del ejército mexicano en las décadas transcurridas entre la Independencia y la Reforma, señalando al general Antonio López de Santa Anna, "nuestro Napoleón", como una personificación de ineptitud militar, corrupción, vanidad y perfidia. El régimen pretoriano había devorado la riqueza del país y lo había dejado indefenso ante el avance norteamericano de 1846; sin embargo, afirmó, ya se ha-

²⁸ Justo Sierra, *Obras*, México, 1948, vol. IX, pp. 388, 474; vol. XII, pp. 359, 364, 395-396.

* [En español en el original].

²⁹ Este discurso fue reimpresso en *Nuestro México*, México, UNAM, 1983, vol. I, pp. 28-29.

bían levantado algunas voces que clamaban por restaurar en México el régimen militar.³⁰

Nunca se ha explicado por qué Bulnes decidió publicar *El verdadero Juárez* en 1904. Fue porque buscaba minar la corriente apologetica del líder liberal reclamando que habían sido los caudillos, los generales de campo, los que habían resistido el peso de la intervención francesa, mientras que el presidente dormía confortablemente en su cama, sirviendo meramente como símbolo de la voluntad de supervivencia nacional. Sin embargo, Juárez nunca había confiado ni reconocido los servicios de esos hombres, y había fortalecido su autoridad utilizando la política de dividir para reinar. En realidad, lo que Juárez mejor personificaba era la burocracia o, mejor dicho, el ejército de funcionarios y empleados públicos para quienes la lealtad al presidente era más importante que los principios radicales. Fue por esta razón que generales populares como Díaz e intelectuales como Ramírez habían roto con la máquina juarista. Siguiendo con este ataque, Bulnes se cuidó muy bien de proteger sus flancos, en cuanto caracterizó a los integrantes del partido católico como traidores naturales y aseveró que siempre antepondrían la religión a los intereses nacionales. Admitía que la mayoría de la población continuaba siendo católica pero argumentaba que los liberales eran una minoría activa, hombres de inteligencia y empresa que constituían la nación política efectiva. De cualquier forma tales observaciones no resultaron suficientes para mitigar los efectos de su caracterización de un Juárez esencialmente pasivo e inerte, que sobrevivía en su puesto gracias al sacrificio y energía de sus ministros y generales. Concluía que a Juárez se lo podía definir mejor como "un Boudha zapoteca y laico", cuya apoteosis provenía del "catolicismo residual, que busca siempre una imagen, un culto, una piedad para la emoción social desprendida del sentimiento religioso".³¹

Sin haberse sentido aparentemente afectado por la tormenta de protestas desatada por su polémica, Bulnes publicó un segundo libro sobre el mismo tema titulado *Juárez y el Plan de Ayutla* (1905). En esta obra mostraba su desprecio por las biografías adulatorias del presidente, a las que describía como "caramelos literarios" y recomendaba la historia de Altamirano como la mejor descripción de la personalidad del gran hombre. También consideraba

³⁰ Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, 1966, pp. 194-196, 285, 847-850.

³¹ Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, México, 1965, pp. 451, 652-654, 687, 823-826, 843-845, 857.

que la postura crítica de Hipólito Taine era preferible al acercamiento romántico de Michelet y Víctor Hugo. Una vez más destacó hasta qué grado, durante la Reforma, Juárez había llegado a ser opacado por ministros tales como Melchor Ocampo y Miguel Lerdo de Tejada y por generales como Jesús González Ortega y Santos Degollado, líderes que ignoraban o condenaban al presidente. Bulnes observaba: "Durante su presidencia, se le vio constantemente gastar y reducir a la nulidad a hombres de verdadero mérito y que hubieran podido prestar verdaderos servicios a la patria, únicamente por considerarlos rivales temibles en la cuestión de mando supremo". No satisfecho, sin embargo, con reiterar su ataque personal, Bulnes se dedicó entonces a elucidar las implicaciones de su afirmación previa de que "la fuerza efectiva del partido liberal mexicano ha sido siempre el caciquismo". Aseguraba que, a pesar de que se había derrotado la insurgencia, sus héroes locales habían sobrevivido y, en obediencia a las leyes de *la heroicidad** habían establecido *cacicazgos*,* ejerciendo un poder personal despótico en sus distritos y regiones. El principal rival de los caciques era el ejército regular, fuerza reclutada por la corona española para suprimir la insurgencia y que efectivamente había gobernado México hasta la Reforma, distribuida a lo largo del país en brigadas y cuyos generales actuaban como procónsules, clase que se distinguía sólo por su corrupción y tiranía. En efecto, el conflicto entre Federalistas y Centralistas era poco más que una lucha por el poder entre dos grupos rivales de tiranos, los caciques y los generales. Si el futuro estaba con los líderes provinciales era porque su poder dependía de una red de clientes, parientes y asociados, mientras que los generales contaban con el tesoro nacional para abastecer sus ejércitos.³² En esta situación, la Iglesia estaba expuesta a la depredación por parte de los caciques, por lo que buscaba la protección militar, lo que dio por resultado que sus posesiones fueran expropiadas durante la Reforma.

Sin embargo, la victoria liberal derivó de la alianza de los caciques regionales —tales como Juan Álvarez de Guerrero— con los abogados radicales, periodistas y burócratas que lucharon para destruir la influencia de la Iglesia y el Ejército y dotar a México con leyes y gobierno así como con una constitución que permitieran al país prosperar y desarrollarse. Bulnes tuvo cuidado en destacar cuán radicales eran los jóvenes "rojos" de esos años. Fue por méritos propios que ascendieron los generales liberales, hombres como

* [En español en el original].

³² Franc.sco Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayulla y de Reforma*, México, 1967, pp. 16, 19-21, 302-310, 477.

Santos Degollado y González Ortega, quienes conjuntaron las milicias estatales y las bandas de los caciques, creando de ese modo una amplia coalición capaz de derrotar los remanentes del anterior ejército regular, dirigido entonces por una talentosa generación de coroneles jóvenes. A partir de todos estos hechos Bulnes ofreció un análisis persuasivo del balance de las fuerzas sociales y políticas que operaban en México en las décadas posteriores a la independencia, análisis que investigaciones recientes han comenzado a verificar. Pero su necesidad de polemizar y autodefenderse lo indujo a adoptar una conclusión resonante que contrastaba notoriamente con su instintiva aproximación desde la perspectiva de la *Realpolitik* a la historia mexicana, la que concluía con una crítica fulminante del tema del centenario.

Si Juárez es la Patria, declaro que no quiero ser patriota. Cuando Miramón afirmó en su Manifiesto de 1859: "La Religión es la Patria, y el que no ame la religión es un traidor", Ocampo contestó: "Mi deber es traicionar a esa Patria falsa, para engrandecer la que amo como expresión de la Justicia, del Derecho y de la Libertad". Yo tengo la Patria de Ocampo.³³

Correspondió a Justo Sierra, designado Secretario de Educación en 1906, defender la reputación y el culto a Juárez como héroe republicano. Para entonces Sierra tenía cincuenta y ocho años y había ido ascendiendo lentamente los diversos grados de la jerarquía porfirista, actuando como el principal vocero de los Científicos, un grupo de contemporáneos estudiantes de la Escuela Nacional de Preparatoria, donde se habían empapado de las doctrinas de Comte y Spencer. En sus primeras incursiones en el periodismo, Sierra había minimizado la Constitución de 1857 considerándola un poema, "una generosa utopía liberal", y había sostenido que los liberales deberían transformarse en "un partido gubernamental profundamente conservador y adicto a las instituciones libres", un partido que debería continuar "la misma política de conservación, de orden, autoritaria, en una palabra, iniciada por Juárez". Como hemos visto, él había defendido el régimen autoritario de Porfirio Díaz como una etapa necesaria en la historia mexicana por la cual el país estaba destinado a ingresar en la era industrial, renunciando a la democracia con el fin de obtener paz interna y progreso material. Pero Sierra estaba muy al tanto de los costos de la modernización. En una carta a José Yves Limantour, Ministro de Hacienda, insistía en que todo el progreso económico logrado por el capital

³³ *Ibid.*, pp. 258-267, 483, 494.

extranjero y el gobierno había reducido al país a una condición de dependencia de los intereses extranjeros y argumentaba que sólo a través de la educación podía México desarrollar su propia personalidad y mantener su independencia.³⁴

Por tanto, fue como patriota oficial que Sierra trabajó para componer una vida de Juárez que defendiera su reputación de los insultos de Bulnes, quien lo describía desdeñosamente como el "humorista mexicano". El resultado fue una narración romántica y conmovedora que poseía toda la autoridad del relato de un testigo presencial, ya que Sierra había llegado a la adolescencia durante los eventos que en esta ocasión describía y, en razón de sus talentos literarios, había conocido y conversado con los intelectuales que en ese entonces tenían peso en la política nacional. Su trabajo estaba por tanto animado de una profunda nostalgia por los días heroicos de su juventud, cuando había presenciado los cambios de régimen en la ciudad de México y había escuchado apasionados debates en el Congreso. En una prosa evocativa pintó toda una galería de personajes de ese tiempo, siempre sobre la base de sus recuerdos personales. Si bien admitía que la Reforma había sido obra de una minoría progresista que impulsó su proyecto modernizador por sobre una mayoría católica recalcitrante, señaló no obstante que la destrucción de la riqueza de la Iglesia y la separación definitiva de la Iglesia y el Estado habían resultado su triunfo más duradero.³⁵

Mientras que en sus anteriores escritos Sierra había caracterizado la Reforma como la empresa colectiva de toda una generación de intelectuales liberales, ahora argüía que en política la cualidad suprema era el carácter y la voluntad y que sin el intransigente y perseverante ejercicio de poder juarista las ideas y proyectos de los intelectuales no se hubieran llevado a cabo, argumento que admite la conclusión de que "Juárez fue el autor de la Reforma". Pronto a hacer de la necesidad una virtud, admitía que el presidente carecía de elocuencia, difería prestamente de la opinión de sus ministros y a menudo permanecía silencioso. Una y otra vez se refería a Juárez como un Indio dotado de un carácter que reflejaba todas las virtudes y algunos de los defectos de su raza. Es como si Sierra quisiera implicar aquí que el presidente indio poseía una cualidad inquebrantable, enraizado en la realidad mexicana y morador de ese "Imperio del Silencio" que Carlyle exaltaba como fuente de la autoridad de Cromwell.³⁶ Tanto como su

³⁴ Justo Sierra, *Obras*, vol. IV, pp. 143, 230; vol. IX, p. 165; vol. XIV, pp. 356-357.

³⁵ Justo Sierra, *Obras*, vol. XIII, pp. 268, 296-297, 558, 165, 182.

³⁶ *Ibid.*, pp. 187, 257-258, 277.

contraparte británica, Juárez era un "profeta silencioso" que, sin embargo, expresaba la voluntad interna de su país en lo que respecta a su establecimiento político y su independencia mejor y más profundamente que cualquier otro hombre de palabras o ideas.

Teniendo en cuenta el propósito patriótico de Sierra, no debe sorprendernos que omitiera virtualmente cualquier alusión a los caciques regionales a quienes Bulnes había descrito como la espina dorsal de la coalición liberal. Más aún, interrumpió su narración al llegar al tema de la intervención de las fuerzas francesas y encargó al joven historiador Carlos Pereyra escribir los dos capítulos que cubrían dicho período. En efecto, Sierra evitó entrar en polémicas sobre la controvertida permanencia presidencial de 1864 y no dijo palabra sobre los medios por los cuales Juárez consolidó su autocracia presidencial durante la República Restaurada. El resultado fue que legó a la posteridad una poderosa y atractiva imagen de Juárez como demócrata radical, es decir, precisamente la misma imagen que ya había proyectado en sus textos escolares de *Historia Patria*. Poco sorprende que, cuando Francisco Madero y otros revolucionarios enarbolaron el estandarte de la rebelión contra Porfirio Díaz, invocaran el ejemplo y la doctrina juarista. ¿Qué mejor símbolo se podía encontrar de la resistencia al despotismo militar?

Fue Andrés Molina Enríquez quien definió la Reforma como el comienzo del período nacional de la historia mexicana, "punto de partida de nuestra nacionalidad". Con evidente beneplácito citaba el texto de Sierra, que afirmaba: "para nosotros los mestizos, es casi un dios".³⁷ De igual forma, en las últimas páginas de su gran biografía, Sierra reprodujo un discurso leído por él durante las ceremonias del centenario, en el que exaltaba al "partido liberal, que hoy es la nación", allí congregado para celebrar "los ritos de nuestra religión cívica".³⁸ En el culto a la patria que tanto hizo para promover, Sierra consideraba claramente a la Constitución de 1857 y a las Leyes de Reforma como las sagradas escrituras, aun cuando, como sucede tan a menudo con esos textos, fueron más celebrados en las intenciones que utilizados en la práctica. Pero, si la Reforma marcó en verdad el inicio de la patria liberal, entonces fue Juárez indudablemente su padre fundador, el Legislador que promulgó las Leyes de Reforma que separaban la Iglesia y el Estado. Nunca se dijo abiertamente, aunque sí quedó claramente implícito, que también fue el Príncipe que estableció efectivamente el Estado mexicano sobre la base de la autocracia presidencial. Tanto Maquiavelo

³⁷ Andrés Molina Enríquez, *Juárez y la Reforma*, México, 1972, p. 143.

³⁸ Justo Sierra, *Obras*, vol. XIII, p. 565.

como Rousseau sostuvieron que el Príncipe y Legislador que buscara crear un nuevo Estado tendría una mayor oportunidad de lograr un triunfo duradero si se pudiera investir su autoridad de un aura sagrada. Aquí, entonces, se encuentra el significado profundo del trabajo de toda la vida de Sierra: se trataba de legitimar al Estado Mexicano a través del engrandecimiento y consagración de Juárez como su padre fundador, como su legislador y profeta. El hecho de que el Moisés mexicano fuera un legislador más que un soldado, un líder civil al frente de una coalición de generales y caciques populares, sólo sirve para fortalecer su imagen y su mensaje. ¿Es demasiado afirmar que la tradición política de cada país hispanoamericano puede medirse tanto por los honores que rinde a sus héroes republicanos como por el vituperio que hace de sus tiranos?